

Seymour Menton

La novela histórica en la época posrevolucionaria: 1989-2005¹

Al hablar de la época posrevolucionaria, me refiero a la época marcada por la caída del muro de Berlín, por la desintegración de la Unión Soviética, por la derrota electoral de los sandinistas en 1990, por los acuerdos de paz firmados por los guerrilleros salvadoreños y guatemaltecos en 1992 y 1996 respectivamente y por el triunfo aparente de la globalización, la privatización, el capitalismo, el comercio libre, en fin, el neoliberalismo.

Esta tarde quisiera examinar y cuestionar las repercusiones de la revolución neoliberal sobre la novela hispanoamericana de los tres últimos lustros. Como catedrático de literatura, prefiero tildarme de empírico, es decir, alguien que insiste en teorizar sólo después de examinar los datos. Por eso, no estoy de acuerdo con aquellos colegas que prefieren rendir culto a las modas teóricas más recientes para aplicarlas después a cualquier obra literaria; o con aquellos que prefieren estudiar la cultura popular en vez de la literatura elitista o "canónica". Para la década posrevolucionaria, estoy pensando en aquellos colegas teóricos que han abandonado a Barthes, a Derrida, a Lacan y a Foucault para seguir a García Canclini; que han abandonado la Escuela de Frankfurt para inscribirse en la Escuela de Estudios Culturales de la Universidad de Birmingham en Inglaterra o en su sucursal, la Facultad de Estudios Subalternos de la Universidad de Pittsburgh o que adoran a los poscolonialistas Gayatri Spivak y Homi Bhabha; y que estudian con pasión el arte graffiti sobre los postes de concreto de la autopista de San Diego (García Canclini) o los distintos grupos de música rap que corresponden a cada pandilla de las favelas de Río de Janeiro (George Yúdice). Tal vez por ser muy ingenuo, prefiero leer y estudiar aquellas obras hispanoamericanas que han merecido el respeto tanto de autores como de críticos internacionales desde que los franceses descubrieron los cuentos de Jorge Luis Borges en la década de los cincuenta.

Desde que se publicó en 1993 mi libro sobre la Nueva Novela Histórica, no he podido abandonar mi afición por las novelas históricas en general y he seguido leyéndolas hasta la fecha. En la lista de novelas posrevolucionarias que les he reparado, las novelas históricas están indicadas en negritas. Como ustedes pueden ver, la novela histórica sigue predominando aún después de 1993 y hasta el presente, cultivada por autores de distintas generaciones desde Carlos Fuentes (1928) y Alicia Yáñez Cossío (1929) hasta Sylvia Iparraguirre (1947), Enrique Serna (1959) y Jorge Volpi (1968).

La segunda generalización que se puede hacer sobre la novela histórica posrevolucionaria es que ya no predomina la NUEVA Novela Histórica. En la lista, no hay más que tres que caben dentro de esa categoría: *La campaña* (1990) de Carlos Fuentes (1928), *Margarita, está linda la mar* (1998) de Sergio Ramírez (1942) y *Rasero* (1993) de Francisco Rebolledo (1950), cada una de las cuales tiene una relación distinta con el presente. *La campaña* de Fuentes, pese a su alta calidad atesti-

¹ Conferencia pronunciada en abril de 2004 en la City University of New York.

guada por reseñas muy elogiosas y por mi propio análisis, no se ha convertido en un best-seller, aún en México, debido a varios factores: se publicó primero en Buenos Aires; el punto de partida y la base de toda la novela es Buenos Aires; otros capítulos están ubicados en el Alto Perú (Bolivia), Santiago de Chile, Lima y Venezuela y sólo uno en México; para apreciar la novela completamente, hay que tener conocimientos históricos, literarios y lingüísticos bastante extensos. Por ejemplo, en el capítulo dedicado a México, dudo que la mayoría de los lectores no mexicanos se den cuenta de que el jefe insurgente más importante es apócrifo. No es ni Hidalgo ni Morelos sino Anselmo Quintana, personaje positivo y heroico a pesar de que tiene varios rasgos que lo asocian con el anti-héroe histórico Santa Ana: es mujeriego, gallero, jugador y sus asesores le recomiendan que se proclame "Alteza Serenísima" (210). Otro factor que puede contribuir a la recepción tibia de *La campaña* es el planteamiento del concepto que las guerras de independencia pueden haber sido un error no sólo por haber causado tanta muerte y tanta destrucción sino también por haber facilitado la subordinación actual de las repúblicas hispanoamericanas a los Estados Unidos. Para la mayoría de los mexicanos, la prolongación de la época colonial bajo España hasta el presente es un concepto difícil de tragar.

En contraste con *La campaña*, *Margarita, está linda la mar* de Sergio Ramírez ha gozado de mayor divulgación, gracias en parte al mismo Carlos Fuentes. Fuentes estuvo en el jurado que premió *Margarita* junto con *Caracol Beach* del cubano Eliseo Alberto en el prestigioso Concurso Rómulo Gallegos y luego publicó una reseña sumamente elogiosa en el *Los Angeles Times Book Review*, (14 de marzo de 1999, p. 6) con el título algo exagerado de "Los hijos de Cervantes. The Astonishing New Novels of Two of Latin America's Most Gifted Writers".

De los seis rasgos que identifiqué en mi libro de 1993, están claramente presentes cuatro:

1. Los protagonistas y casi todos los personajes son históricos: Rubén Darío, Rigoberto López Pérez, asesino del dictador Anastasio (Tacho) Somoza García, éste, su esposa Salvadora y su suegro el sabio Debayle.
2. La intertextualidad con *Crónica de una muerte anunciada* (1981) de García Márquez salta a la vista, sobre todo en las páginas que marcan el paso de las horas con los pasos del asesino y de su víctima el 21 de setiembre de 1956. El otro parecido entre el asesinato de Somoza y el de Santiago Nasser en *Crónica* es que los dos se deben a la casualidad. Para dar sólo un ejemplo, el asesino no es el revolucionario profesional sino el poeta también histórico Rigoberto López Pérez.
3. El hecho de que un poeta resulte obsesionado con averiguar los datos más insignificantes de la vida de Darío y que sus co-conspiradores sean, según Carlos Fuentes, "tipos ineptos cuyas locuras recuerdan las de los hermanos Marx y que logran su meta por puro accidente cómico" (Fuentes: 1999, 6) confirma el carácter mágicorrealista del mundo.
4. El cuarto rasgo de la Nueva Novela Histórica que se encuentra en *Margarita, está linda la mar* es la metaficción. Desde el primer capítulo, se interrumpe de vez en cuando la narración omnisciente, aparentemente en tercera persona, con apartes en primera persona dirigidos a algún personaje o a los lectores en general. Por ejemplo, el capítulo trece empieza con una invitación personal a los lectores: "Vengan

conmigo cuanto antes para situarnos junto al Capitán Prío en su atalaya" (*Margarita*, 267).

En cuanto a los otros dos rasgos de la Nueva Novela Histórica, hay que reconocer que en *Margarita, está linda la mar*, no se subordina la visión detallada de los dos periodos históricos a las ideas filosóficas de Borges. Tampoco se distorsiona la historia a excepción de la caracterización apócrifa de Sir Harold Pinter como inventor para la Feria de París en 1900 de un retrete automático.

Pese a sus logros literarios, *Margarita* suscita cierto problema ideológico. Teniendo en cuenta el papel importante desempeñado por Sergio Ramírez en el gobierno sandinista, sorprende la ausencia en la novela de prefiguraciones de la lucha contra Anastasio Somoza Debayle. Ramírez se justificaría seguramente señalando que la novela se estructura a base de los paralelismos entre el asesinato de Anastasio Somoza García en 1956 y la muerte de Rubén Darío en 1916 y por lo tanto, no se mira hacia el futuro sino hacia el pasado.

La tercera de las Nuevas Novelas Históricas en la época posrevolucionaria, *Rasero* (1993) del químico mexicano Francisco Rebolledo (1950), tiene todavía otra relación con el presente. El protagonista Fausto Rasero es un noble español, calvo y libertino, que pasa la mayor parte de su vida en la Francia del siglo dieciocho. Siete de los nueve capítulos llevan como título el nombre de un personaje histórico que cobra vida en sus encuentros realistas con Rasero: Diderot, Voltaire, Mozart, Madame Pompadour, el químico Lavoisier y Goya. *Rasero* se destaca más que nada por su recreación convincente de los sucesos y de los personajes históricos de la época. La enorme documentación histórica nunca llega a abrumar al lector ni empalagan ni fastidian las descripciones detalladas, como ocurre a veces, por ejemplo, en *El siglo de las luces* de Alejo Carpentier, para citar otra novela histórica ubicada en la misma época.

Lo que identifica esta novela con la Nueva Novela Histórica es que Rasero disfruta de una serie de conquistas sexuales relativamente fáciles pero con una particularidad carnavalesca única y muy apropiada para un hombre nombrado Fausto: sus orgasmos van acompañados de visiones del futuro: los excesos de la Revolución Francesa, los horrores de los campos de concentración de los nazis, la destrucción de Hiroshima por la bomba atómica, las atrocidades de la Guerra de Vietnam, la masacre de Tlatelolco en 1968 y los efectos deshumanizadores de todas las ciudades modernas. Estas visiones acaban por explicarse en el capítulo final de la novela por medio de un ejemplo de la metaficción. Fausto Rasero escribió un libro titulado *Por qué os desprecio*, con dibujos de Goya, en el cual expresa su desprecio por la humanidad por los estragos que ha causado en el mundo.

En cuanto a las novelas históricas a secas, que predominan en la época posrevolucionaria, me sería imposible disertar sobre todas. Por lo tanto, para establecer el equilibrio con las tres Nuevas Novelas Históricas escritas por hombres, voy a limitarme a tres novelas históricas a secas publicadas a partir de 1998, cada una escrita por una mujer. Luego terminaré la conferencia con una sorpresa. Además de analizar estas novelas y enjuiciarlas, plantearé otra vez la cuestión de su relación con la actualidad y acudiré a distintos tipos de comparación. Se trata de *El año del laberinto* (2000) de la chilena/costarricense Tatiana Lobo (1939), *La tierra del fuego* (1998)

de la argentina Sylvia Iparraguirre (1947), y *Sé que vienen a matarme* (2001) de la ecuatoriana Alicia Yáñez Cossío (1929).

La acción de *El año del laberinto* (2000) de Tatiana Lobo Wiehoff (1939) está concentrada en 1894 con una variedad de hilos novelescos, tanto cubanos como costarricenses. El argumento se basa en el asesinato misterioso de Sofía Medero, cubana rica casada con su propio tío, hombre mayor de edad y gran partidario del movimiento independentista bajo cuyo impulso se iba a organizar el año siguiente la invasión de Cuba en que murió José Martí. El gran logro de *El año del laberinto* es la ingeniosidad con que se entretiene el asesinato con unos temas netamente costarricenses: el conflicto político entre los intelectuales liberales y el Partido Clerical; la construcción del Teatro Nacional; las escenas costumbristas en el Parque Central y en el salón de billares del Gran Hotel; y la desmitificación de la "Suiza Centroamericana", en la cual la novela coincide con los historiadores revisionistas de hoy. Se menciona el Hospicio de los Locos en la Sabana y se describen las condiciones en la Casa de Reclusión y luego el exilio de las prostitutas a los nuevos bananales. La pulcritud de don Ricardo Jiménez Oreamuno, uno de los héroes de la democracia costarricense del siglo veinte, se mancha con el nombre de su amante, La Cucaracha. A pesar del énfasis en la educación primaria y secundaria durante los gobiernos liberales, Costa Rica en 1894 tenía, según la novela, un 80% de analfabetismo. Las lluvias torrenciales de mayo inundan las oficinas del periódico y producen una plaga de ratas por todas partes.

Además de una estructura bien balanceada entre los distintos temas y los distintos personajes y además de la heteroglosia reflejada por personajes de distintas clases sociales, uno de los aciertos más originales de la novela es que doña Sofía, la cubana asesinada, sigue narrando después de muerta, alternando entre las observaciones a través de las ventanas de su casa en la calle del Laberinto y los recuerdos de su niñez en Santiago de Cuba. Aunque el marido queda condenado con el motivo de los celos, hacia el fin de la novela, la verdad la descubre el periodista histórico Pío Víquez: el cónsul español mandó asesinar a Sofía para echarle la culpa a su marido y de ese modo desprestigiar el movimiento independentista cubano.

Para enjuiciar *El año del laberinto*, también puede contribuir una comparación con *El pavo real y la mariposa* (1996) de Alfonso Chase (1944). La novela de Chase, publicada cuatro años antes que la de Tatiana Lobo, también se ubica a finales del siglo diecinueve, durante la campaña presidencial de 1888-1889, sólo cinco años antes de la acción de *El año del laberinto*. Lo que sorprende es que las dos novelas empiecen con la noticia recibida por don Ricardo Jiménez del matrimonio de su novia Pacífica, hija del presidente Bernardo Soto, con otro. Mientras en la novela de Chase, don Ricardo se desmaya, en la de Tatiana Lobo, don Ricardo, hombre de "ironía ácida" (11), tiró por la borda, antes de desembarcar en Puntarenas, "dos baúles repletos de regalos" (10). La novela de Chase está bien escrita, bien documentada y tiene cierta gracia pero casi no tiene argumento.

Dentro del periodo posrevolucionario, que coincide paradójicamente con el periodo poscolonial en términos teóricos, una de las novelas históricas más logradas de la Argentina y a la vez un éxito comercial con varias traducciones ha sido *La tierra del fuego* (1998) de Sylvia Iparraguirre (1947). Para comentarla, voy a acudir,

una vez más, al método comparado, remontando a 1950, fecha de publicación de otra novela, también excelente, basada en la misma historia, *Jemmy Button* del chileno Benjamín Subercaseaux (1902-1973). El tema de las dos novelas proviene de la dicotomía tantas veces citada de Sarmiento: civilización y barbarie. Para Sarmiento y para la gran mayoría de los intelectuales del siglo diecinueve y también para los criollistas del siglo veinte como Rómulo Gallegos, la civilización se encuentra en la ciudad con énfasis en la educación y el pensamiento racional. En cambio, desde los años sesenta hasta la actualidad los antropólogos y los teóricos literarios han cuestionado la superioridad de la cultura occidental y han abogado por el respeto de la cultura del Otro. Dentro del revisionismo histórico, se ha denunciado el imperialismo europeo y estadounidense en el Tercer Mundo y se han condenado el despojo de la tierra y la matanza de los indígenas justificado por el proyecto nacional tanto en los Estados Unidos (la película *Dances with the Wolves*) como en la Argentina.

La tierra del fuego lo mismo que *Jemmy Button* versan sobre los dos viajes de exploración al Cabo de Hornos realizados en 1830 y 1832 por el capitán Fitz-Roy en el barco *Beagle*. En el primer viaje, Fitz-Roy, puritano enérgico de veintiséis años de edad, recoge a cuatro indios fueguinos, los yámanas, como rehenes por haberse robado una ballenera. Fitz-Roy los lleva a Londres con la idea de "civilizarlos". Después de más de un año en Londres, se convence que ha fracasado y decide llevar a los indígenas de vuelta a su tierra. En ese segundo viaje participa el joven naturalista Charles Darwin.

Veamos ahora las diferencias entre las dos novelas. La primera, que salta a la vista, es que *Jemmy Button* tiene una extensión casi tres veces más grande que la de *La tierra del fuego*. Esta, por lo tanto, tiene los elementos novelescos más estrechamente entretejidos. Además, sobresale *La tierra del fuego* por su final lleno de suspense: el juicio de Jemmy Button en 1860 en las Islas Malvinas por la masacre el año anterior de ocho misioneros británicos, la cual sólo aparece como una nota al pie de página en la novela de Subercaseaux. El juicio constituye todo un motivo recurrente que comienza a mencionarse en la cuarta página de la novela cuando el narrador, desde la perspectiva de 1865, recuerda el juicio pero no menciona ni el crimen ni el fallo. Los dos últimos pliegos, de los siete en total, están dedicados al juicio y el narrador en gran parte cede la palabra a los parlamentos de los distintos testigos. Al fin, declaran inocente a Jemmy Button aunque después él confiesa al narrador que en realidad fue culpable por motivo de la venganza: cinco loberos habían violado a la mujer de Jemmy antes de matarla.

Aunque los personajes históricos figuran en las dos novelas, uno de los mejores logros de *La tierra del fuego* es el papel importante desempeñado por el narrador ficticio, John William Guevara, hijo ilegítimo de un soldado inglés alcohólico y una criolla argentina. Guevara por poco se convierte en protagonista de la novela. Participa en los dos viajes de la *Beagle*, se hace amigo de Jemmy Button y como éste, prefiere vivir en una región remota de la Argentina donde "el viento barre la tierra seca" (17) en vez de en Londres con sus barrios pobres llenos de tabernas y prostitutas.

Por mucho que me parezcan excelentes las dos novelas, me gustaría cuestionar ante ustedes la idealización de los indígenas primitivos y la condena de los in-

gleses civilizados en *La tierra del fuego*. En una conversación amistosa con el narrador Jack, Jemmy Button, que tiene a la sazón dieciséis o diecisiete años, le explica las enseñanzas que recibió del gran maestro anciano:

(...) *debemos ser buenos y útiles a la comunidad (...) aprende a renunciar a todo exceso (...) mostrar el mayor respeto por los ancianos (...) ayuda a los huérfanos, lleva comida a los enfermos, atiende primero al forastero (...) los niños son de todos, cuídalos, ayúdalos, jamás los castigos (...) Cuando te cases, ayuda a tu mujer (...). Cuida el agua, los árboles, los peces y los animales, son de todos* (151).

En cambio, se condena a los ingleses por su arrogancia: su seguridad de que su civilización, incluso su religión y su ciencia, es superior. El narrador casi siempre se refiere a Darwin como "el doctorcito" (165ff) y Jemmy Button se burla de él por la frecuencia de sus mareos. Según la novela, la meta de civilizar a los yámanas no es más que un pretexto de parte de los ingleses para controlar los canales de Tierra del Fuego, que ligan el mar Atlántico con el Pacífico facilitando el comercio internacional. Con toda su civilización, la Londres de la época de Dickens se retrata con énfasis en su miseria.

Aunque he condenado el imperialismo de los Estados Unidos en Guatemala, Nicaragua y otros países latinoamericanos, y aunque en principio me opongo a los misioneros, tengo que admitir mi perplejidad ante los dos retratos contradictorios de los indígenas fueguinos. Por ejemplo, en la novela de Subercaseaux, Jemmy Button sorprende constantemente al lector robando dinero y otros objetos de valor a las personas que lo han tratado con la mayor bondad, hasta a su propio benefactor Fitz-Roy. Hacia el final, Jemmy Button le dice a Fitz-Roy que sus compañeros indígenas York y Fuegia le han robado todo lo que poseía. El reverendo Matthews salva a un niño de cinco años que tiene los brazos deformados, quien fue abandonado por sus padres, quienes después reclaman compensación. Charles Darwin insiste que los yámanas se parecen a hombres que "descienden de otro Adán" (454), y por lo tanto, es imposible civilizarlos. Las distintas tribus fueguinas pelean entre sí, o sea que las dos imágenes de los indios son totalmente distintas. ¿Hasta qué punto se distorsiona el retrato en la novela de 1998 debido a la ideología de una mujer, conocida por su activismo en la cuestión de los derechos humanos? O ¿hasta qué punto se distorsiona el retrato de 1950 debido a la ideología europeizante de un hombre que pasó la primera parte de su vida en Francia?

Aunque no puedo darles un juicio definitivo sobre cuál de las dos imágenes está más cerca de la verdad, lo que sí puedo hacer es recomendarles a los estudiantes la lectura cuidadosa de estas dos novelas excelentes, junto con *The Voyage of the Beagle*, de Charles Darwin para que puedan resolver esta cuestión, en una buena disertación doctoral.

A diferencia de *El año del laberinto* de Tatiana Lobo y de *La tierra del fuego* de Sylvia Iparraguirre, *Sé que vienen a matarme* (2001) de la ecuatoriana Alicia Yáñez Cossío (1929) carece de complejidad artística. Más que una novela histórica podría llamarse una novela biográfica. Empieza con la llegada al Ecuador del padre español de Gabriel García Moreno en la primera década del siglo diecinueve y termina con el asesinato de éste en 1875. La narradora omnisciente sigue la vida del

déspota más fanático de toda la América Latina en orden cronológico. Incluso se repite a través de la primera mitad de la novela la frase "ha cumplido [tantos] años": 15, 17, 21, 24, 27, 37. Otro recurso técnico que ayuda a mantener la atención del lector en el protagonista es el uso de frases con sujetos indefinidos que sólo pueden referirse a García Moreno: "Quien más protesta es el de los ojos fulgurantes" (61); "El que todo puede y nada teme" (69); "Sólo hay una ventana iluminada, la única en toda la ciudad. Todos saben que esa ventana es como un tremendo ojo que escudriña y vigila" (188).

Pese al carácter anacrónico de la novela, indicado por estas frases, vale la pena leerla. Que yo sepa es la única novela ecuatoriana dedicada a uno de los déspotas más inolvidables de la América Latina. Su fama en parte se debe a la estatura de su gran enemigo Juan Montalvo, autor de *La tiranía perpetua*, de la frase "Mi pluma lo mató", que no se incluye en la novela, y de otra que sí se incluye: "Dividió al pueblo ecuatoriano en tres partes, la una la dedicó a la muerte, la otra al destierro, la última a la servidumbre" (194).

Dado el carácter medio melodramático de esta novela, quedé inesperadamente impresionado con la lectura de otra novela reciente de la misma autora ecuatoriana. Por grande que sea mi predilección por la novela histórica y la novela nacional, *El cristo feo* (1995) de Alicia Yáñez Cossío (1929) me parece una de las mejores novelas hispanoamericanas del periodo posrevolucionario. Aunque la autora es contemporánea de García Márquez y su primera novela, *Bruna, soroche y los tíos* (1972), la emparentó con el realismo mágico macondino, el hecho de que una pequeña estatua de madera, el cristo feo, empiece a conversar no basta para colocar la novela dentro del realismo mágico, que ya no está de moda.

Lo que se destaca más que nada en *El cristo feo* es la sinceridad, la sensibilidad y la aparente sencillez. Consta de apenas unas doscientas páginas y tiene un espacio y una extensión cronológica muy limitados. No hay más que cuatro personajes que viven durante más o menos un año en una ciudad, probablemente Quito, pero sin detalles locales. Lo más impresionante de la novela es la autenticidad de las emociones de los dos personajes principales que se van transformando sutilmente: la criada cincuentona o tal vez sesentona que poco a poco va venciendo su humildad tradicional hasta llegar a independizarse gracias a la imagen del cristo feo que comienza a hablarle; y el patrón viejo y totalmente ensimismado en su colección de estampillas, como refugio contra su esposa, infeliz dama de la sociedad obsesionada con su maquillaje, su peso y su ropa a la moda. Por su contacto con la criada, el patrón se despierta de su estado moribundo, sale al jardín y atiende al perro. En cuanto a la trama, no hay nada más. Aunque no se puede negar la nota de protesta social en el contraste entre la vida frívola de las damas ricas y la miseria en que viven las criadas, el triunfo de la protagonista y la humanización del patrón indican que las relaciones humanas son más importantes que las condiciones materiales de la vida y la lucha de clases.

Para recalcar la diferencia con las novelas de protesta social de los años treinta, *El cristo feo* empieza con énfasis en la pobreza, la miseria y la injusticia. Ordalísa, la criada, vive en un sólo cuarto sin ventana. La puerta tiene rendijas, la cama es vieja y estrecha, la casera no le permite tener ni gato ni perro ni pájaro y el trabajo

de mucama, por rutinario e ingrato, no le gusta nada. Al fijarse en el cristo feo que tiene colgado en la pared encima de la cama, las piernas cortas y abultadas de la imagen le provocan una comparación con las mujeres cargadoras de los mercados. Las costillas de la imagen evocan los niños hambrientos de Biafra y los perros flacos de los páramos. La conversación con el cristo feo también le permite comentar la situación de Manuel Simbaña, pobre obrero despedido injustamente que vive en un cuarto con piso de tierra, más pequeño que el de Ordalisa, con su mujer lavandera y "una recua de hijos" (15). Ordalisa camina hacia la parada del bus sintiéndose vieja y sola, preocupada por la tos y los zapatos hechos "una porquería" (18). Una vez en el autobús, piensa en "esa masa anónima y madrugadora" (19) que va al trabajo considerándose afortunada frente a los miles de desempleados.

No obstante, precisamente en ese momento, la novela cambia de ruta, con un párrafo que consta de una sola oración de apenas seis palabras: "Tuvo suerte en pescar un asiento" (19). De ahí en adelante, la situación de Ordalisa comienza a mejorarse y disminuyen y casi desaparecen las alusiones a los de abajo. En contraste con el espíritu optimista de *El cristo feo*, no cabe duda de que vivimos en una época violenta. Además de la novela histórica, una de las tendencias más cultivadas en la época posrevolucionaria es la novela de la violencia: asesinatos, asaltos, drogas, cinismo y una falta total de idealismo. Sirvan de ejemplos: *La Virgen de los Sicarios* (1994) del colombiano Fernando Vallejo (1942), *El asco* (1997) del salvadoreño Horacio Castellanos Moya (1957), *Los trabajadores de la muerte* (1998) de la chilena Diamela Eltit (1949), *Cruz de olvido* (1998) del costarricense Carlos Cortés (1962), *Rosario Tijeras* (1999) del colombiano Jorge Franco Ramos (1962) y *El Rey de la Habana* (1999) del cubano Pedro Juan Gutiérrez (1950). Mientras estos autores prefieren denunciar los males de nuestro mundo actual, la mayoría de los autores de la época posrevolucionaria siguen fascinados por la novela histórica, con distintos grados de escapismo, de revisionismo histórico y de investigación de los orígenes de las lacras de la sociedad actual.

Si me permiten, quisiera terminar esta charla con una nota personal. Pese a la lucha que me he sentido obligado a mantener en contra de los teóricos dogmáticos desde 1970, me considero muy afortunado por el gran número de obras de alta calidad que me ha tocado leer, analizar y enjuiciar durante los más de cincuenta años de mi carrera profesional.

Bibliografía

- Agramonte, Roberto** (1942), *Vida de don Gabriel García Moreno*, Difusión, Buenos Aires.
 – (1935), *Biografía del dictador García Moreno. Estudio psicopatológico e histórico*, La Habana: Cultural.
- Beverley John**, (1999), *Subalternity and Representation. Arguments in Cultural Theory*, North Carolina: Duke University Press, Durham.
- Chase, Alfonso**, (1996), *El pavo real y la mariposa*, Editorial Costa Rica, San José.
- Darwin, Charles**, (1962), *The Voyage of the Beagle*, Doubleday, New York.
- Fuentes Carlos**, (1999), "Los hijos de Cervantes: The Astonishing New Novels of Two of

Latin America's Most Gifted Writers", en: *Los Angeles Times Book Review*, 14 de marzo, Los Angeles, p. 6.

González, José Eduardo, (2001), "Los nuevos letrados: posboom y posnacionalismo", *Revista Iberoamericana*, 67, Números. 194-195 (enero-junio), Pittsburgh, pp. 175-190.

Iparraguirre, Sylvia, (1998), *La tierra del fuego*, Alfaguara, Buenos Aires.

Latcham, Ricardo, (1963), "La novela chilena actual", *Estudios Americanos* (Sevilla), 42 (1955), pp. 219-234; reproducido en Juan Loveluck, *La novela hispanoamericana*, Editorial Universitaria, Santiago, pp. 315-330.

Lobo Wichoff, Tatiana, (2000), *El año del laberinto*, Norma, San José.

Menton, Seymour, (1993), *Latin America's New Historical Novel*, Texas, University of Texas Press, Austin.

Menton, Seymour, (1993), *La Nueva Novela Histórica de la América Latina, 1979-1992*, Fondo de Cultura Económica, México.

Ramírez, Sergio (1998), *Margarita, está linda la mar*, Grupo Santillana de Ediciones, Madrid.

Rebolledo Francisco, (1993), *Rasero*, Ediciones Joaquin Mortiz, México.

Subercaseau, Benjamín, (1950), *Jemmy Button*, 3a edición definitiva, Ercilla, Santiago.

Torres-Rioseco, Arturo, (1956), *Breve historia de la literatura chilena*, Ediciones De Andrea, México.

Yáñez, Cossío, Alicia, (1995), *El cristo feo*, Abrapalabra Editores, Quito.